

Para un guerrero vencido, ¡mil caguanes!

Reflexiones sobre violencia y autismo en relación con las zonas de distensión

FABIO BURITICÁ TRUJILLO

“Lean a Fanon: comprenderán que, en el momento de impotencia, la locura homicida es el inconsciente de los colonizados”.

JEAN PAUL SARTRE¹

Con las notas siguientes pretendemos ensayar una articulación entre los órdenes de lo social y de lo subjetivo a propósito de la relación existente entre los procesos sociales tendientes a instaurar un espacio confiable que haga posible el pacto entre contendientes, y los procesos subjetivos que en el infante conducen al reconocimiento del Otro materno y a la conjunción simbólica con el mismo, gracias a lo cual es posible la creación y recreación de la experiencia cultural.

Para tal propósito abordaremos sus vicisitudes en dos procesos extremos: en aquel que trata de poner término al enfrentamiento destructivo entre dos colectivos, por medio del “juego que pugna” por el reconocimiento; y en aquel otro en donde la “pugna por el juego” de la confrontación simbólica con el otro resulta fallido.

En aquel que enfrenta a dos ejércitos de combatientes que juegan al acuerdo de una “zona de distensión”, en donde los encuentros progresivos sean propiciados por la estrategia del desencuentro; y en aquel otro, en donde el infante se ve compelido por un desacuerdo original a renunciar a la lucha y a construir en torno de sí una “zona de distensión” que lo preserve de encuentros fallidos, rememoradores del desencuentro primario.

Nos referiremos explícitamente a los combatientes de las FARC², y del ELN³, quienes sostienen el discurso del compromiso de iniciar diálogos en una zona de “despeje”, con vista a la inauguración de un nuevo orden social por medio de un pacto que comprometa a los deliberantes; como también a los sujetos autistas a quienes, en un acto ético de nuestra parte, reconocemos la existencia de un deseo virtual de construir, con el Otro, una zona fuera de disputa desde donde puedan emprender la construcción del símbolo de la unión que les permita pertrecharse con el arma de la palabra para enfrentar el combate por la Vida.

¹ FRANTZ FANON, *Los condenados de la tierra*, prólogo de Jean Paul Sartre, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pág. 17.

² Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

³ Ejército de Liberación Nacional.

Haremos mención entonces de los combatientes “victoriosos” que buscan con el Otro la construcción del reconocimiento de la Objetividad Cultural de su lucha; y nombraremos, también, a los guerreros “vencidos” que han renunciado a la edificación, con el Otro, del reconocimiento de la Subjetividad Cultural de su lucha por el ser.

Para ello nos valdremos de las nociones con las cuales el psicoanalista inglés Donald Winnicott da cuenta del lugar en que cobran existencia creativa los primeros objetos y fenómenos denominados transicionales, los que, en el curso del discurrir individual y colectivo, configuran ese espacio potencial en donde se asienta la experiencia cultural.

Nos estamos refiriendo entonces al espacio potencial existente entre lo psíquico y lo somático, entre el “yo” y el “no yo”, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre la experiencia anímica y la experiencia objetiva, considerada como tal, por el acuerdo que, respecto a ella, mantienen los sujetos entre sí. Con esto estamos señalando, pues, a la tercera zona nombrada por Winnicott como transicional, diferente del espacio subjetivo y del objetivo, con los cuales establece relaciones determinadas.

Nos interesa destacar que el planteamiento de la creación y función positiva de zonas intermedias no es ajeno al pensamiento del mismo Freud, cuando a propósito de la obsesión repetidora del enfermo en el marco del tratamiento analítico, considera que el libre desarrollo de la transferencia hace posible la actualización de los conflictos instintivos, que en el marco del encuadre analítico opera la sustitución de la “neurosis vulgar” por una “neurosis de transferencia” que, al cobrar una nueva significación en la zona intermedia favorecida por dicho encuadre, propicia el alcance de la cura.

Al respecto, esto nos dice Freud:

“La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida, y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda. El nuevo estado ha acogido todos los caracteres de la enfermedad, pero constituye una enfermedad artificial, asequible por todos lados a nuestra intervención. Al mismo tiempo, es también un trozo de vida real, pero provisorio y hecho posible por circunstancias especialmente favorables. De las reacciones de la repetición que surgen en la transferencia parten luego los caminos ya conocidos para la evocación de los recuerdos, los cuales surgen sin esfuerzo aparente una vez vencidas las resistencias”⁴.

Cabe resaltar el manejo freudiano que trastrueca la convencional e incuestionada relación de contrariedad entre enfermedad y salud, para establecerla entre aquélla y la vida pues, como afirma explícitamente Winnicott, se puede gozar de buena salud, sin que ello necesariamente implique que estemos vivos desde un punto de vista cultural.



⁴ SIGMUND FREUD, “Recuerdo, repetición y elaboración”, en *Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1978, pág. 191.

Una comprensión estructural, tanto de las violencias como de los autismos, así como de los órdenes de lo individual, de lo comunitario y de lo colectivo, nos allana el camino para dar cuerpo al postulado de Roger Bastide⁵, consistente en que las estructuras de las psicosis y de la sociedad son inversas pero homólogas, y para abordar así, en toda su complejidad, las relaciones entre inconsciente y cultura, varias de cuyas expresiones psicopatológicas son las altas y progresivas tasas de prevalencia de cuadros psicóticos y autísticos en nuestro medio, y los elevados índices de criminalidad –en sus diversas vertientes– en nuestro país.

La situación expuesta nos lleva a formular la hipótesis de la existencia solidaria de un *hacer violento* causal de procesos y estados autísticos, y de un *ser autístico* propiciador de la criminalidad social. En este sentido, una develación de la estructura del autismo y una plena comprensión de los diferentes factores que inciden en su instalación y permanencia nos revelarían el negativo de una sociedad violenta y autodestructiva; así como el esclarecimiento de la dimensión violenta y autodestructiva de una sociedad, y de sus factores causales, nos revelaría, en su base, el negativo de un modo de ser autista.

La posibilidad de poner en relación estructuras autísticas y estructuras sociales toma consistencia a partir de las posiciones filosóficas, semióticas y psicoanalíticas que autorizan considerar al individuo como una colectividad y al colectivo como una individualidad.

El carácter estructural que permite relacionar violencia y autismo está indicado por el hecho de que la violencia criminal generalizada se caracteriza por el ejercicio predominante de la violencia real, lo cual conlleva, correlativamente, al no ejercicio de la violencia simbólica; mientras que en el autismo es el no ejercicio de la primaria violencia simbólica sobre el niño lo que puede llevar al predominio de la violencia real sobre él. Pero tanto en uno como en otro caso, el no ejercicio de la violencia simbólica se configura como el más alto grado de violencia que puede sufrir una cultura al ser, a la vez, expresión y causa del sinsentido individual y colectivo.

La escotomización de la dimensión subjetiva en los estudios sobre las violencias se configura como un *síntoma académico* de la pobre estructuración subjetiva de nuestra cultura, que no es más que precariedad de lo simbólico, cuyas expresiones más nítidas y acabadas se encuentran en el ataque permanente a la capacidad de pensar y en las actividades cotidianas de desimbolización, desubjetivación y desritualización que acompañan tanto a los estados autísticos como al ejercicio generalizado de la violencia criminal.

Si, desde nuestro punto de vista, el autismo es un problema clínico que debe asumirse desde una perspectiva cultural, de la misma manera consideramos que la



⁵ ROGER BASTIDE, "Significación de la psicosis en la evolución del hombre y de las estructuras sociales", en *El sueño, el trance y la locura*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1976.

violencia criminal en nuestro medio ha devenido problema que, fundamentalmente, debe abordarse desde lo clínico; pero no desde cualquier clínica, sino desde aquella que desbordando su práctica convencional y atendiendo a requerimientos culturales concretos y a necesidades teóricas propias, pueda arribar a paradigmas nuevos de comprensión e intervención de individualidades colectivas y de colectividades individuales.

Una comprensión teórica y una intervención práctica sobre la violencia criminal en nuestro medio requiere, más que la práctica clínica convencional a la que podríamos denominar *clínica del texto* o *clínica textual*, una *clínica del contexto* o *clínica contextual*, la cual debe atender a las dificultades con que tropieza el investigador clínico al enfrentarse a la violencia de la cotidianidad siniestra, que evoca y convoca lo siniestro que en cada investigador e interventor clínico se convierte en un obstáculo para su labor.

Estas breves consideraciones en torno a la importancia del contexto en el marco de la comprensión e intervención sobre las violencias criminales, nos sirven de enlace a los planteamientos winnicottianos acerca del papel que juega el medio en el proceso que conduce desde un estado de no-integración psíquica hasta otro de integración adecuada; y a la comprensión del papel que juega el ambiente en los procesos desintegrativos, configuradores de un estado caótico, que no puede ser asimilado al estado primario de no-integración sino al posterior de desintegración.

Según Winnicott, la madre es la representante del medio, o del ambiente, para el infante. Más que la madre en sí, es el pecho que se ofrece al bebé como primera donación o como bien que se le sustrae; más que el pecho en sí, es la suma de cuidados y de atención devota, requerida por el estado de indefensión del infante; o el conjunto de comportamientos y actitudes que configuran un estado de alejamiento y de disyunción en relación con sus necesidades.

El pecho de la madre, entonces, no es más que el término con el cual una determinada cultura simboliza el conjunto de prácticas culturales de crianza, que incluye tanto las consideradas culturalmente adecuadas como las asumidas como inadecuadas, independientemente de que su adecuación o inadecuación esté determinada por factores socioculturales coyunturales o por específicas configuraciones psíquicas y emocionales, dependientes de la singular experiencia de socialización y de subjetivación de la madre.

El pecho bueno o malo con el que el bebé se encuentra no es más que el conjunto de prácticas individuales, comunitarias y colectivas por medio del cual la sociedad lo acoge, adecuada o inadecuadamente, y al que el bebé puede aportar un particular colorido, dependiendo de la singular organización económica de sus pulsiones, la que determina el modo de expresión de sus necesidades con el que demanda la atención de su madre para su satisfacción.





Con bastante desdén se recibe, por parte de ciertas corrientes psicoanalíticas, la cualidad de devoción que Winnicott reclama de la madre en el ejercicio de su función de satisfactora inicial de las necesidades del bebé, para cuyo cumplimiento debe hacer posible un acoplamiento casi perfecto, en el tiempo, del satisfactor específico para la necesidad demandada; desconociendo el hecho de que sólo por medio de este acoplamiento inicial puede la madre llevar a cabo la tarea de metaforizar la necesidad del bebé por un deseo o, en otros términos, de articular la *necesidad* al *deseo* para que, posteriormente, la función paterna pueda articular, a su vez, el *deseo* a la *Ley*, por medio de otra metáfora, que no es más que la metáfora paterna.

Este acoplamiento, casi perfecto en un comienzo, entre el pecho de la madre, entendido como pecho simbólico, y la boca del bebé, no se agota en la satisfacción inmediata de sus necesidades sino que tiene incidencia directa en su ingreso paulatino al orden de lo social y de lo cultural, y en su adecuado o inadecuado desempeño como ser social, ya que Winnicott nos señala que de él depende la constitución de su ser como “persona” y las vicisitudes de la identidad que le es inherente, gracias al interjuego de los elementos femeninos y masculinos puros que, desde su perspectiva, se identifican con los estados del “ser” y con las funciones del “hacer”, respectivamente.

“Debo decir que el elemento que llamo “masculino” establece contactos en términos de relacionarse en forma activa o de estar relacionado en forma pasiva, respaldadas ambas por el instinto. En el desarrollo de esta idea hablamos del impulso del instinto en el bebé, en relación con el pecho y la alimentación, y luego respecto de todas las experiencias vinculadas con las principales zonas erógenas, y con los impulsos y satisfacciones subsidiarios. Sugiero que, en cambio, el elemento femenino puro se relaciona con el pecho (o con la madre) en el sentido de que *el bebé se convierte en el pecho (o en la madre), dado que el objeto es el sujeto*. Y en esto no puedo ver impulso instintivo alguno [...] El término objeto subjetivo se empleó para describir el primer objeto, el objeto *aún no repudiado como un fenómeno no-yo*. En esta relación del elemento femenino puro con el “pecho” hay una aplicación práctica de la idea de objeto subjetivo, y esa experiencia allana el camino para llegar al sujeto objetivo, es decir, la idea de una persona y el sentimiento de realidad que nace de la sensación de poseer una identidad”⁶.

A diferencia de Freud, Winnicott no identifica la actividad con lo masculino y la pasividad con lo femenino, sino éste con el estado, con el “ser”; y aquél con los procesos, con el “hacer”. Consideraciones éstas que nos pueden servir para un acercamiento a la caracterización del Estado de una nación: en relación con los ciudadanos en tanto personas, con lo que tiene que ver con el bienestar que supuestamente debe brindar y propiciar para que exista, por parte de aquéllos, un cierto nivel de aceptación

⁶ DONALD WINNICOTT, *Realidad y Juego*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972, pág. 110.

legitimante por identificación con el mismo; y en relación con el predominio de las funciones que despliega por medio de sus aparatos organizados, los cuales pueden estar predominantemente dispuestos al servicio de la vigilancia y control de los ciudadanos, con desmedro de la esencia de su “ser” (que debe estar al servicio del bienestar y de la seguridad, culturalmente válidos y deseables) con consecuencias nefastas para la estructuración de la personalidad colectiva.

En este sentido, Winnicott es tajantemente insistente cuando afirma: “A riesgo de repetirme quiero volver a decir que cuando el elemento femenino del bebé o paciente varón o mujer encuentra el pecho, lo que se ha encontrado es la persona”⁷.

Esta primaria identificación del bebé con el pecho, en un estado de indistinción, configura la base para su sentimiento de continuidad como ser. Es de este ser que la madre debe ocuparse, para que las necesarias discontinuidades en su primaria relación fusional, y aquellas que acaecen cuando va diferenciando su incipiente yo, no sean vividas como experiencias mutiladoras que le cierran el paso al proceso progresivo de integración psíquica, emocional y corporal, o que le abran el camino a un estado de desintegración, que es vivido como caótico, con sus correspondientes angustias innombrables, como las agonísticas, que identifica Winnicott en las psicosis infantiles y, particularmente, en los estados autísticos.

Esta primaria relación con el pecho de la madre, que aparece en el momento justo en que se requiere, sienta las bases para el sentimiento de omnipotencia mágica del bebé; sentimiento que paulatinamente encuentra un mentís en la realidad cuando la madre, indefectiblemente, debe introducir espacios de espera entre el surgimiento de la necesidad y la satisfacción de la demanda de la misma.

Lo brevemente expuesto da cuenta del juego de la ilusión y de la desilusión vivida por el bebé, enlazadas a un estado inicial de dependencia casi absoluta respecto de la madre para la satisfacción de sus necesidades, y a uno posterior de independencia paulatina, que no puede ser plenamente cumplido si el proceso de desilusión no se halla respaldado por la ilusión previa alimentada por la madre, y vivida por él, en su anterior estado de dependencia.

Este proceso que va de la dependencia a la independencia relativa respecto de la madre, se enlaza con la progresiva diferenciación de su ser, con el establecimiento paulatino de un mundo interno o subjetivo: el propio; y un mundo externo u objetivo: el de las cosas exteriores, entre las cuales se encuentra la madre, con la cual requiere mantenerse en relación.

Esta necesidad vital impele al infante, alrededor de los cuatro y los dieciocho meses, a una labor de construcción de puentes simbólicos entre él y la madre con el fin



⁷ *Ibid.*, pág. 114.



de paliar la angustia de separación, y para poder acceder a un estado de relajación, vinculado con la desintegración parcial de sus incipientes funciones emocionales, psíquicas y corporales, con el fin de hacer posible el acceso a los descansos periódicos requeridos y logrados por medio del dormir, del soñar y del fantasear.

Es en este período en donde empiezan a tener existencia, detectable para un observador externo, los objetos y fenómenos transicionales de los que nos habla Winnicott, por medio de los cuales se configura la tercera zona, denominada transicional, que no pertenece al mundo interno subjetivo del bebé ni se confunde con el mundo externo objetivo en donde existen las cosas; tercera zona que posteriormente, cuando los objetos transicionales han cumplido su labor, se mantiene como espacio para la construcción y disfrute de las experiencias plenamente culturales.

La formulación del espacio transicional obedece en Winnicott a necesidades explicativas derivadas de la presunta insuficiencia de la comprensión asociada a la consideración exclusiva, y sin mediación, del interjuego de los fenómenos pertenecientes al mundo interno y al mundo externo.

“En general se reconoce que una exposición de la naturaleza humana en términos de relaciones interpersonales no resulta suficiente, ni siquiera cuando se tienen en cuenta la elaboración imaginativa de la función y el total de la fantasía, tanto consciente como inconsciente. Hay otra manera de describir a las personas, que surge de las investigaciones de las dos últimas décadas. De cada individuo que ha llegado a ser una unidad, con una membrana limitante, y un exterior y un interior, puede decirse que posee una *realidad interna*, un mundo interior que puede ser rico o pobre, encontrarse en paz o en estado de guerra. Esto es una ayuda, ¿pero es suficiente?”⁸.

Esta tercera zona, en tanto espacio transicional, caracterizada por Winnicott como una zona de descanso, nos es presentada en los siguientes términos:

“Yo afirmo que así como hace falta esta doble exposición [en términos de objetividad y subjetividad], también es necesaria una triple: la tercera parte de la vida de un ser humano, una parte de la cual no podemos hacer caso omiso, es una zona intermedia de *experiencia* a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior. Se trata de una zona que no es objeto de desafío alguno, porque no se le presentan exigencias, salvo la de que exista como lugar de descanso para un individuo dedicado a la perpetua tarea humana de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior”⁹.

La tercera zona de experiencia es el espacio potencial existente entre la madre y el niño, configurado correlativamente al proceso de separación e individualización del niño. Zona potencial que sólo puede instalarse si se ha llevado a cabo adecuadamente

⁸ *Ibid.*, pág. 18.

⁹ *Ibid.*, pág. 19.

el contacto con el pecho de la madre; si se ha logrado la identificación con éste y si, por ende, se ha accedido a la vivencia de una continuidad de su “ser”; vivencia que debe ser mantenida, para lo cual se requiere de la construcción de puentes mediadores entre el ser de la madre y el ser del niño. Función mediadora que cumplen los objetos transicionales, cuya formulación debemos a Winnicott.

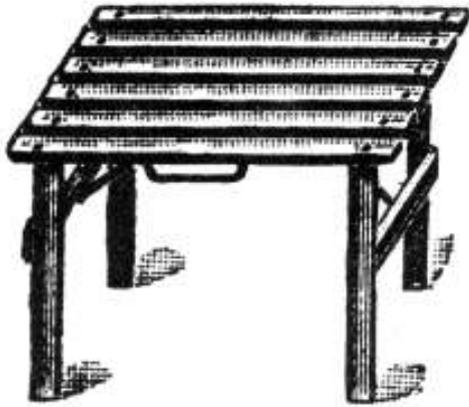
La construcción de los objetos transicionales tiene sus antecedentes en los comportamientos autoeróticos del bebé y son referidos a partes de su propio cuerpo, al de la madre, a objetos exteriores o a partes de éstos, y a funciones de la madre o del niño.

No nos detendremos en el bosquejo de la génesis de los objetos transicionales, como tampoco en su múltiple variedad. Para los fines de nuestra presentación, nos limitaremos a señalar sus aspectos más importantes, y a ilustrarlos con dos que nos son plenamente familiares, como el osito de felpa y la frazadita.

Para Winnicott, el objeto transicional, y el espacio fenoménico que su uso instala, tiene una existencia universal. Cumple una función de conjunción con la madre en los momentos en que su ausencia se hace inevitable. Opera, por lo tanto, como el primer símbolo de conjunción o comunión con la madre, creado por el bebé. Su cualidad no está determinada por ser un objeto interno o subjetivo, como tampoco por su carácter objetivo o real. No participa del carácter de objeto alucinado, pero tampoco tiene, para el niño, la dimensión funcional de las cosas útiles. Tiene igual importancia su función de representar el pecho de la madre, como la de no representarla, puesto que su uso puede destinarse a diversas finalidades. Tiene una existencia real en el ambiente, en el medio, o en el contexto del niño. De hecho, los padres se proveen de múltiples objetos que pueden despertar el interés del niño con el ánimo de que éste, paulatinamente, los use con fines tranquilizadores; pero también puede acceder a la condición de objeto transicional cualquier cosa que encuentre en su medio, independientemente de que haya sido dispuesta previamente por sus padres con la finalidad específica de que la use.

Un rasgo fundamental del objeto transicional consiste en que se configura como la primera posesión no-yo del niño, y que adquiere tal carácter por el uso que de él hace, y por la manipulación que sobre él opera, con el fin de calmar la angustia que le produce la separación de la madre. Desde esta perspectiva, su carácter de objeto transicional está dado, no por la existencia real del objeto, sino por el uso que de él hace. Si tal uso se agota, abandona su carácter de objeto transicional, conservando su cualidad de objeto útil o inútil para los adultos que lo rodean. En condiciones enlazadas con la psicopatología, el objeto transicional puede devenir objeto fetiche, o lo que algunos clínicos han nombrado como objetos autísticos.





La inexistencia del uso de objetos transicionales se convierte en un indicador de fallas en el proceso de socialización y subjetivación, ya que indica la carencia del estado primario de ilusión que le permite al bebé asumir omnipotentemente la fantasía de hacer presente el objeto satisfactor, en el momento preciso en que lo requiere; condición necesaria para que la paradoja fundamental que sustenta el campo de lo transicional tenga existencia y se mantenga sin resolver.

Dicha paradoja consiste en que, desde el punto de vista del adulto, el objeto usado como transicional tiene una existencia real en el espacio y debe ser hallado por el niño para su uso; mientras que para éste, el objeto es hallado y es ubicado en el espacio gracias a que él lo ha creado en el momento preciso en que lo ha requerido.

Esta paradoja, según Winnicott, debe ser respetada y no cuestionada con fines de resolución. Este respeto sostenido permite que la tercera zona siga existiendo cuando los objetos transicionales han dejado de tener importancia para el niño, al ampliarse el espacio y el contenido de la misma, merced a las experiencias culturales que en ella van a asentarse, correspondientes al juego, a la fantasía, a las artes y a la religión, entre otras.

Para terminar esta presentación de la tercera zona, transcribiremos el resumen llevado a cabo por Winnicott, de las cualidades especiales de la relación, enlazadas con el uso del objeto transicional:

1. El niño afirma una serie de derechos sobre el objeto y nosotros nos mostramos conformes con ello. Sin embargo, desde el comienzo es característica una cierta abrogación de la omnipotencia.
2. El objeto es afectuosamente acunado y excitadamente amado y mutilado.
3. No debe cambiar, a menos que lo cambie el pequeño.
4. Debe sobrevivir al amor instintivo, al igual que al odio y, si éste es uno de los rasgos, a la agresión pura.
5. Con todo, al niño debe parecerle que da calor, se mueve, tiene textura o hace alguna cosa que parezca mostrar que posee vitalidad o realidad propia.
6. Desde nuestro punto de vista procede del exterior, pero no desde el punto de vista del pequeño. Tampoco procede de dentro; no se trata de una alucinación.
7. Su destino es que gradualmente se permita su decaetización, de manera que en el transcurso de los años quede, más que olvidado, relegado al limbo. Con esto

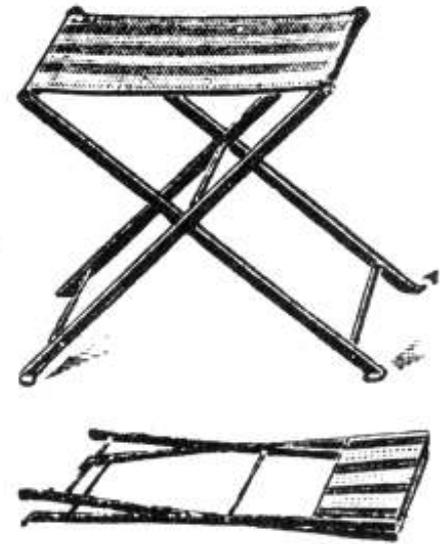
quiero decir que, en la salud, el objeto transicional no “entra”, así como tampoco sufre represión el sentimiento respecto al mismo. Ni se olvida ni se lamenta su pérdida. Pierde significado y esto es porque los fenómenos transicionales han sido defundidos, se han extendido por todo el territorio intermedio entre la “realidad psíquica interior” y el “mundo exterior tal como es percibido por dos personas en común”, es decir, por todo el campo cultural. En este punto mi tema se amplía para dar cabida al tema de los juegos, de la creación artística y la apreciación del arte, del sentimiento religioso, de los sueños, y también del fetichismo, el decir mentiras y robar, el origen y pérdida del sentimiento afectuoso, la adicción a las drogas, el talismán de los rituales obsesivos, etcétera”¹⁰.

Hasta acá hemos establecido las características que le ha adscrito Winnicott a la tercera zona de experiencia, al espacio potencial o al espacio transicional como lugar diferenciado del espacio propiamente subjetivo y del objetivo, en donde tiene plena existencia el orden de lo cultural y en el que, con propiedad, se puede dar el vivir creador que especifica al hombre. Ha quedado claro también, que este espacio tiene existencia porque el niño mismo lo ha creado, y que se mantiene por el respeto que hacia él se guarda por parte de aquellos que en el mismo habitan; pero también se deduce de lo planteado que puede no cobrar existencia para ciertos seres o que ésta puede estar expuesta a la pérdida o al empobrecimiento progresivo. Se colige, además, que es en esta zona en donde el ser del hombre se despliega y recrea, y en donde puede alcanzar cumplimiento la vivencia de continuidad de la existencia del “ser”, pues en ella todos los haceres creativos están a su servicio; a diferencia de los haceres cognitivos o fácticos que lo alienan de su intimidad, cuando están orientados exclusivamente, por mediación de la técnica, al logro de una finalidad fundamentalmente productiva.

Es el momento ahora de abordar aquello que en el autista ha sido comprometido por una determinada falla que le ha impedido acceder a la construcción de la tercera zona, desde la cual podría continuar progresivamente su acceso a la dimensión simbólica de la cultura por el sometimiento a la Ley gracias a la operación de la metáfora paterna, que continúa lo iniciado por la original metáfora materna, que permitió que la necesidad se transformara en deseo.

Los planteamientos winnicotianos acerca de las psicosis infantiles conceden un papel fundamental al contexto en el cual transcurren los procesos iniciales de socialización y subjetivación del bebé, gracias a los cuales éstos pueden lograrse o ser fallidos.

Al centrar su análisis en la forma en que se constituye la relación madre-niño, no niega la incidencia de otros factores, como la adecuada o inadecuada función simbólica paterna, si tenemos en cuenta que ésta se expresa, primariamente, en la posi-



¹⁰ DONALD WINNICOTT, *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Laia, 1981, pág. 318.

ción que asume la madre en relación con el bebé. Posteriormente, la función paterna inadecuada no hace más que acentuar las fallas en la relación de la madre con el niño; mientras que la adecuada, tiende a completar la incipiente inserción simbólica del niño en la cultura o a paliar las consecuencias de su falla.

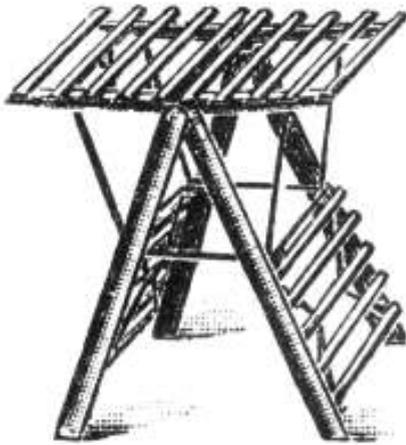
En este punto adelantamos nuestra hipótesis sobre los trastornos autísticos en relación con los potenciales objetos transicionales fallidos; trastornos que se configuran a causa de la posición en que es situado, por la madre, el potencial sujeto que deviene autista.

Desde esta perspectiva, la madre del niño autista acusa francas fallas en su proceso de subjetivación y de ingreso al orden de lo simbólico; fallas que sólo cobran sentido y evidencia para una observación clínicamente fina, a partir de la cual podemos llegar a la conclusión de que dicha madre tuvo sus propias dificultades para instalarse en esta tercera zona de experiencia transicional, como resultado de lo cual no pudo llegar a establecer adecuadamente la relación simbólica con su propia madre, relación que trata de recrear en el vínculo con su hijo.

Dicha recreación vincular se actualiza al asumir a su hijo como el objeto transicional privilegiado, por medio del cual trata de restablecer el vínculo simbólico con su propia madre, para lo cual asume a su propio hijo como signo de conjunción. Como resultado de lo anterior el hijo, que en condiciones normales debe plantearse y ubicarse como sujeto transicional, en relación con los objetos transicionales que “crea”, es ubicado por su madre en la posición de objeto transicional, pasando correlativamente, aquélla, a la posición de sujeto transicional.

La fenomenología de la relación madre-niño, y las elaboraciones teóricas que tratan de explicarla, encuentran su adecuación comprensiva dentro de esta hipótesis explicativa: tanto los haceres tendientes a atenderlo en su dimensión exclusivamente corporal, con desatención de su función imaginativa, como las expresiones oscilantes de amor y odio, a veces manifiestamente conscientes; tanto la omnipotencia que exhibe en relación con su hijo, como las teorías delirantes sobre sus orígenes, que no llegan a actualizarse en un delirio clínico convencional puesto que delira por mediación de su hijo o, más puntualmente, el niño es su delirio.

Dejamos acá planteada sucintamente nuestra concepción estructural de la condición autística en relación con los planteamientos winnicottianos, para centrarnos en la fenomenología de aquel sujeto autístico que, por las condiciones ambientales que la sociedad y la cultura proveen, está fuera del marco protector de la zona potencial por no haberse cumplido su acceso a ella, o porque debió replegarse sobre sí mismo, por el agotamiento de sus esfuerzos por construir un símbolo de conjunción que le fuera respetado y reconocido.



Del sujeto autístico se ha dicho que no “habita” su cuerpo. Si nos apoyamos en los planteamientos de Heidegger¹¹ por medio de los cuales nos ilustra acerca de las relaciones entre el habitar y el construir, podemos acercarnos a su dificultad para construir un mundo compartido, pues tempranamente no pudo acceder a esa su segunda estancia, el pecho materno, que por su disposición devota, pudo haberlo provisto del sentimiento de continuidad de su incipiente ser.

Heidegger revela una inversión de la relación entre el habitar y el construir, ya que en la actualidad se considera que se construye para el habitar cuando, en verdad, sólo es posible el construir, porque ya se habita en el mundo. Originariamente, el sentido del término con el que se designa el construir implica a la vez el sentido de habitar.

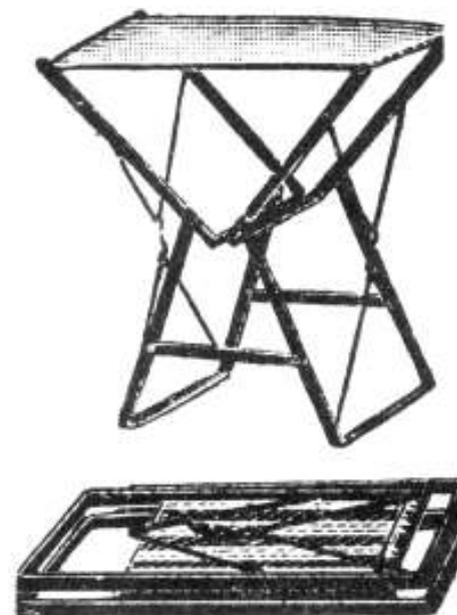
El vientre materno, en tanto primera habitación del niño, se prolonga en el pecho materno en donde encuentra su ser en el mundo, representado por los cuidados oportunos de la madre. Ser desde donde el lactante inicia el proceso de construcción de puentes que van coligando las orillas que paulatinamente se van estableciendo cuando el proceso de diferenciación de su ser, del de la madre, vaya teniendo cumplimiento.

El lactante, habitando en el pecho, empieza a construir con sus haceres orales el pezón como puente que coliga las orillas de sus labios entreabiertos; orillas que configuran su primer vacío de ser, que tiende a ser colmado con el pezón-puente que, al hacerlo, coliga la orilla de su boca con la orilla del pecho de la madre.

El pezón, como puente real o alucinado, permite al bebé vadear la distancia que lo separa de la madre, aunque primariamente deba beberse el río para que el puente sea. En este punto no podemos dejar de formularnos la siguiente pregunta: ¿qué busca el suicida que, desde un puente, se lanza al río?

Desde el punto de vista de Heidegger, el puente permite establecer lugares donde habitar, desde donde se desprenden caminos que operan como otros puentes que facilitan el tránsito de un lugar a otro lugar. Para el lactante, el pezón-puente hace posible la constitución del lugar originario de su cuerpo en donde es posible habitar, y desde el cual es dable abrir senderos-puentes que permitan la construcción y acceso a otros lugares del cuerpo en donde el deseo habite. Nos estamos refiriendo a la zona erógena oral como lugar primordial del deseo.

Nos detenemos aquí, sin antes subrayar que una falla en la relación temprana del lactante con el pecho compromete seriamente la posibilidad de construcción, desde ese primer emplazamiento oral, de otros lugares habitables en el cuerpo y en el mundo, entre los cuales podamos establecer senderos de continuidad, en consonancia



¹¹ MARTIN HEIDEGGER, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994.



con el afán continuo de nuestro deseo que nos impele a recorrer caminos y a construir lugares de llegada para el encuentro imposible con esa parte de nuestro ser perdida, pero incesante y mágicamente recreada.

Asumimos antes la consideración de que el sujeto autista no habita su cuerpo. Por ello, desde él y con él, no puede habitar el mundo, aunque haya desplegado todos sus esfuerzos en procura de la construcción de puentes para el establecimiento de lugares desde donde su fragmentario ser pudiera acceder a la vivencia de continuidad, por su progresiva integración corporal, emocional y psíquica.

Para estar en consonancia con nuestros fines expositivos, resaltaremos el carácter fallido de los esfuerzos del bebé autista por encontrar una zona para la cura de la precariedad de su ser; precariedad que lo lleva a redoblar sus esfuerzos por encontrar la manera de construir puentes que sirvan para menguar las angustias innumbrables inherentes a la separación, con el concomitante sentimiento de mutilación de su ser por las experiencias tempranas de discontinuidad del mismo, lo cual lo impele a intervenir tempranamente en la realidad con el afán de modificarla para curarse a sí mismo de su falta de ser, en desmedro de la experiencia de omnipotencia ante el mundo, de una adecuada dependencia respecto del otro, y de la necesaria adecuación de éste a sus necesidades, con el fin de preservar su primario sentimiento de ilusión creadora.

Pasaremos ahora a ilustrar la condición del sujeto autista a partir de las consideraciones que nos ofrecen Winnicott y Bettelheim en lo referente a las situaciones que determinaron su precario arribo al mundo de la cultura, o su caída o retirada del mismo, como a la forma en que dichas condiciones fueron vividas por él. Para ello, y en aras del logro de una adecuada precisión, nos permitiremos citarlos extensamente.

Michel H. Ledoux, nos ilustra sobre el pensamiento de Winnicott acerca de la vivencia de derrumbe vivida por el autista en su condición de tal:

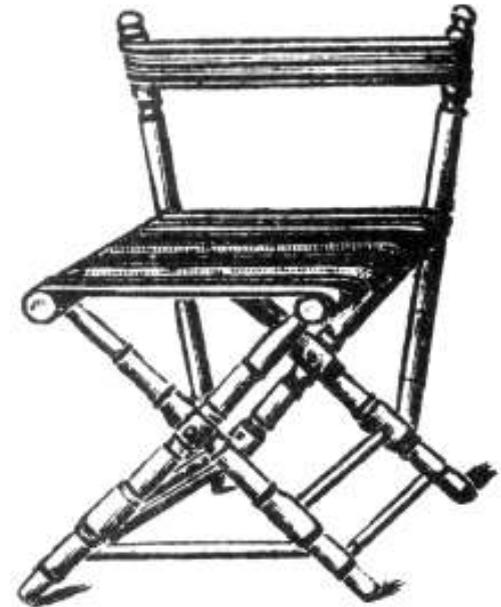
“En un artículo que se publicó después de su muerte, en 1974: *“Fear of breakdown”* (El miedo al derrumbe), Winnicott profundiza y renueva considerablemente su punto de vista.

En este artículo Winnicott se refiere al derrumbe del edificio del sí-mismo (*unit self*) en ciertos fenómenos psicóticos. “El yo, dice, organiza defensas contra el derrumbe de su propia organización; la organización del yo está amenazada”. Más que un derrumbe, la psicosis es, a su juicio, “una organización defensiva vinculada con una agonía primitiva”. Agonías primitivas que Winnicott enuncia del siguiente modo: regreso a un estado de no integración (defensa: la desintegración), no dejar de caer (defensa: mantenerse en el sitio), pérdida de la colusión psicósomática, falla de la residencia en el cuerpo (defensa: la despersonalización), pérdida del sentido de la realidad (defen-

sa: explotación del narcisismo primario, etc.), pérdida de la capacidad para establecer una relación con los objetos (defensa: estados autísticos, establecimiento de relaciones únicamente con fenómenos surgidos de sí). Para él, el autismo infantil también es una organización defensiva determinada por agonías impensables. Así, el miedo al derrumbe no es sino la reanudación de un derrumbe que ya se ha experimentado, y “es el miedo de esa agonía original lo que ha provocado la organización defensiva”. Ese miedo no está vinculado específicamente con la problemática de la psicosis. Y el paradójico Winnicott sostiene que ese derrumbe ya tuvo lugar, ya se produjo en el pasado, pero sin encontrar su lugar psíquico (dice Pontalis), sin haber sido simbolizado (dirían los lacanianos), sin que la integración del yo sea capaz de englobar ese algo. “Es un hecho que lleva oculto en el inconsciente”, prosigue Winnicott. [...] El miedo del derrumbe sería el miedo de un acontecimiento pasado cuya experiencia no se ha padecido y que puede serlo en la transferencia analítica, aunque no sea posible evocar algo que todavía no ha sucedido sino haciendo la experiencia de ello en el presente, en la transferencia”¹².

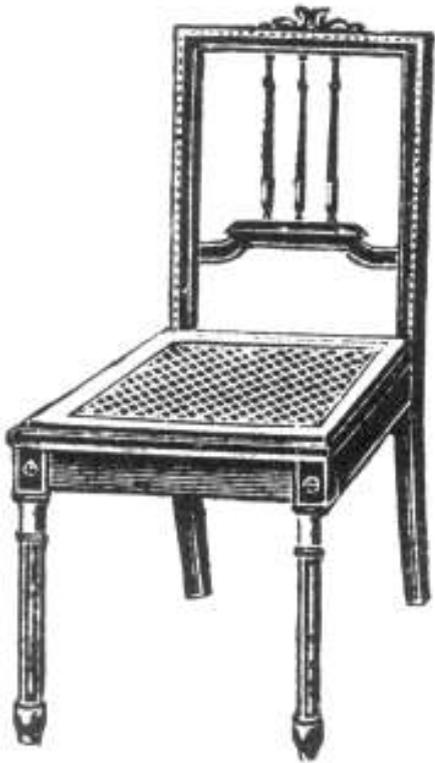
Por su parte, Bettelheim enlaza la condición autística con las situaciones límites a las cuales se ve enfrentado el ser humano, ya sea que estas situaciones tengan ocurrencia real, o que simplemente tengan existencia en el psiquismo humano.

“Según Bettelheim, la causa inicial del retraimiento autístico sería la interpretación correcta que el niño hace de los afectos negativos de las personas que lo rodean. Experiencia vivida tan precozmente que no puede ser compensada ni dominada. Esta vivencia de los afectos negativos del entorno genera en el niño rabia y cólera, que proyecta en su interpretación del mundo. Aquí es donde Bettelheim utiliza su propia experiencia de los campos de concentración nazis para explicar la psicosis infantil con la ayuda del concepto de situaciones extremas. Las víctimas de esos campos habían perdido toda humanidad, todo interés por el mundo exterior, y era dable observar una multitud de reacciones esquizofrénicas, sobre todo en aquellos a quienes la sensación de impotencia, de estar sometidos a una suerte ineluctable, los había llevado a aceptar la muerte, a no luchar más ni a poner en juego su astucia para sobrevivir. También los niños psicóticos tienen miedo a la vida y sufren por haber sido sometidos a situaciones extremas. También ellos parecen convencidos de que su muerte es inminente. La diferencia entre los “resignados” de los campos de concentración y los niños autísticos reside en que para los primeros se trataba de una realidad exterior, mientras que para los últimos es interna; pero como las realidades internas y externas no se separan ni se viven como diferentes, esos niños toman su experiencia interior como una auténtica representación del mundo”¹³.



¹² MICHEL LEDOUX, *Concepciones psicoanalíticas de la psicosis infantil*, Buenos Aires, Paidós, 1987, pág. 44.

¹³ *Ibid.*, pág. 29.



Desde estas perspectivas, el sujeto autista se ve tempranamente compelido a intervenir sobre el mundo para ponerlo a su favor, entablando con él una lucha por hacerse al estado de bienestar requerido por su incipiente ser. De él puede decirse que libró innúmeros combates, mientras los demás seres de su edad gozaban descansadamente en un pecho protector. Podrá él también decir que el carácter justo de su lucha no fue reconocido y que por ello no contó con los apoyos solidarios de su entorno. Podrá afirmar además que su condición de luchador, puesta a prueba en diversas circunstancias, no le fue reconocido y que por ello sus combates no fueron asumidos como demandas de protección y bienestar; que por lo tanto, debió aceptar derrotarse en su procura de habitar el mundo, conformándose con el expediente de refugiarse en la “fortaleza vacía”¹⁴, construida a partir del vaciamiento de su ser, ubicada en el centro del entorno configurado como “zona de tensión”, desde donde se protege del asedio al “Guerrero Vencido” que él es, y que en ella desfallece.

Luego de este rodeo por el campo de lo clínico, nos preguntaremos acerca de la posibilidad de aplicar estos lineamientos teóricos para el esclarecimiento de aquello que le daría consistencia a una eventual “zona de distensión” para el acuerdo entre bandos combatientes, a partir del interrogante sobre si el Caguán¹⁵ operó como “zona de distensión” o fundamentalmente como “zona de despeje”.

Justificamos el uso que hacemos del significante “zona de distensión”, como homologable a la categoría de “zona transicional” o “espacio transicional” de Winnicott, atendiendo al hecho de que la distensión hace relación al relajamiento inherente al descanso, cualidad fundamental que le es asignada a la zona transicional, y por plantearse la zona de distensión como un espacio de operaciones en donde pudieran tener ocurrencia hechos que condujeran al tránsito desde un estado de guerra actualizado a un estado de paz potencial, a partir del acuerdo de que dicha zona quedara por fuera de la disputa entre los bandos.

Lo primero que debe tenerse en cuenta es que la condición para el establecimiento y permanencia de un espacio transicional consiste en la creación del objeto que genera la transición, merced a su uso simbólico, por medio del cual se trata de restablecer, en la realidad, la conjunción que permite mantener la unión a pesar de la separación acaecida en lo real.

En el anterior sentido, el único objeto que podía operar como transicional y adquirir el carácter de símbolo de una potencial unión, era la mesa de conversaciones entre los delegados autorizados de los bandos combatientes, sujetos en principio a la política acordada en común por sus máximas instancias: el gobierno nacional y el secretariado de las FARC, independientemente de que ambas manejan, en

¹⁴ Nombre de un libro de BRUNO BETTELHEIM, sobre la problemática del autismo infantil.

¹⁵ Municipio del sur del país que, junto con otros cinco municipios que comprendían un área de 42.000 kilómetros cuadrados, fue despejado por el gobierno del Presidente Pastrana, para que operara como “zona de distensión” para la realización de los diálogos de paz con las FARC.

su empeño por lograr acuerdos con montos gananciales para cada una de ellas, estrategias y tácticas diferenciales.

Lo primero que opera en contravía de la consideración del Caguán como zona de distensión, fue el hecho de haber sido establecida como tal, no a partir de una experiencia común de diálogos iniciales tendientes a su constitución, sino desde los específicos intereses coyunturales, tanto de las FARC como del candidato que aspiraba a ser elegido como presidente de la nación.

Lo segundo que obra en la dirección contraria a la consideración como zona de distensión cobra cuerpo en la exigencia del despeje de ella del batallón del gobierno que inicialmente pretendía ser la única fuerza armada del Estado en la zona, en convivencia con los destacamentos armados de las FARC, por mediación de algunos acuerdos que garantizaran la no ocurrencia de enfrentamientos bélicos entre ellos.

Este aspecto fue agravado por el hecho de que varios de los representantes institucionales del Estado en la zona se vieron abocados, según sus testimonios, a dejar sus cargos presuntamente por exigencia de las FARC. Estos hechos, que configuran el segundo aspecto, convierte la potencial “zona de distensión” en una “zona de desmantelamiento” del ordenamiento institucional, a partir del énfasis puesto inicialmente en su cualidad de “zona de despeje”.

Lo tercero que real, imaginaria y simbólicamente operó en contravía de la fundamentación del Caguán como zona de distensión fue la ausencia real y simbólica del representante máximo del secretariado de las FARC al acto inaugural de la mesa de diálogos, quedando a cargo de los representantes e integrantes de los bandos combatientes, y de toda la nación, la elaboración imaginaria de tal circunstancia.

Sobre estas tres circunstancias se inició el despliegue de las conversaciones configuradoras de la mesa de diálogos la cual, desde nuestro punto de vista, debió haber operado como el objeto transicional colectivo que permitiera, a partir de su uso, eminentemente simbólico, la construcción progresiva del Caguán como “zona de distensión”, en donde se dieran, en un marco de confianza, las experiencias necesarias que allanaran el camino para el establecimiento de condiciones mutuas tendientes a la firma de un pacto de paz que pusiera término a la guerra.

Queda a cargo del lector, o del oyente, la consideración acerca de si la mesa de negociaciones fue objeto, por parte de los representantes de los bandos en contienda, de un uso simbólico compartido o si, por el contrario, en su uso predominó la dimensión imaginaria o la real. Queda también a su cargo la construcción del sentido de las insignias desplegadas por cada uno de ellos durante el tiempo en que la experiencia tuvo duración.



Desde nuestro punto de vista, la mesa de negociaciones no alcanzó a ser configurada como un objeto transicional compartido a partir del uso simbólico que inicialmente cada grupo negociador trató de llevar a cabo, por lo cual el sujeto transicional colectivo no llegó tampoco a constituirse.

Enumeraré ahora algunas de las condiciones requeridas para la constitución de una auténtica “zona de distensión”, a partir del uso de la mesa de negociaciones operando como un potencial objeto transicional

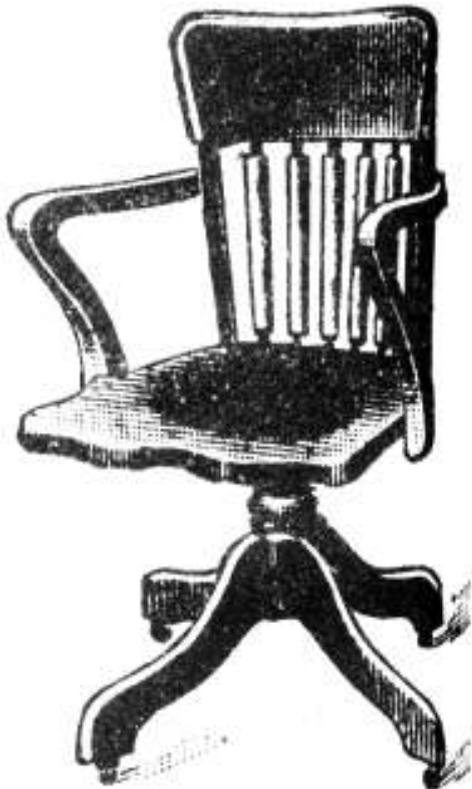
Primera condición: la potencial “zona de distensión” no se identifica con una zona geográfica determinada. La “zona de distensión” es una zona de experiencia que no es ni subjetiva ni objetiva. Por lo tanto no requiere el establecimiento previo de una “zona de despeje” para su constitución, aunque el establecimiento de la “zona de distensión”, en tanto campo imaginario configurado a partir del uso simbólico de la mesa de negociación, haga necesario el establecimiento posterior de una “zona de despeje” o “zona de concentración” para el albergue transicional de los combatientes en vías de integración a la sociedad.

Segunda condición: la potencial “zona de distensión” no debe partir del dismantelamiento del orden institucional vigente ni de las estructuras organizativas del bando que se ubica en la subversión. Llevado a cabo el establecimiento de la “zona de distensión”, y lograda la metaforización del objeto transicional colectivo –mesa de negociación– en pacto simbólico de paz, es necesario que se de comienzo al proceso de dismantelamiento o transformación progresiva de las estructuras organizativas del grupo subversivo y de algunos aparatos institucionales del Estado, mas no el establecimiento de “zonas de dismantelamiento” en tanto tales.

Tercera condición: el abandono, por parte de los representantes de los bandos en conflicto, o la puesta en suspenso de las supuestas verdades que darían fundamento a su ser y al hacer, para la procura de un nuevo estado de los mismos. La única exigencia requerida es el establecimiento del deseo, de la organización subversiva y del Estado, de configurar un deseo colectivo de paz que los cobije a ambos. Establecido el deseo, en cualquier lugar del mundo puede desplegarse, en palabras, la posibilidad de su cumplimiento.

Cuarta condición: precaverse, cada uno de los bandos, de usar al otro como su específico y personal objeto transicional. En tal sentido no deben usarse entre sí ni manipularse mutuamente.

Quinta condición: el carácter de los proyectos y programas acordados para dar cumplimiento al proceso de integración mutua en las estructuras sociales, culturales y económicas actuales y potenciales, luego del acto de dejación de las armas, debe revestir asimismo la condición de transicional, para lo cual es necesario identificar aque-



llos aspectos que pueden ayudar a configurarlos como transicionales y, por lo tanto, como potencialmente instauradores de campos de experiencia cultural compartida.

Esbozadas sucintamente las condiciones requeridas para el establecimiento de auténticas “zonas de distensión” en donde tengan cumplimiento los deseos de paz entre las organizaciones subversivas y el Estado, nos consideramos obligados a precisar qué entendemos por tales y cómo asumimos al Estado.

Partimos de la consideración del término “versión”, el que según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, se asume como el “[...] modo que tiene cada uno de referirse a un mismo suceso, [...] cada una de las formas que adopta la relación de un suceso, el texto de una obra o la interpretación de un tema.”; y del prefijo “sub”, que porta el sentido de “debajo de”, para asumir la sub-versión, como el texto oculto o latente, en relación con un texto predominante; o como la versión inédita de un suceso que es relatado y legitimado, a otro nivel, por los ejercicios del poder.

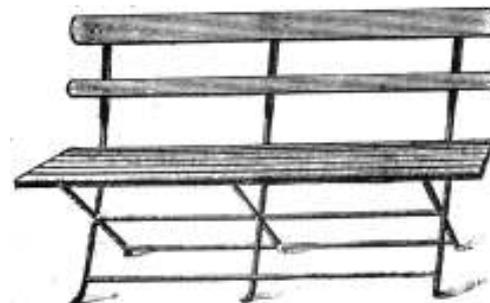
Desde esta perspectiva, es dable considerar a la sub-versión, como el inconsciente correspondiente a determinada formación social. Inconsciente que, a partir de sus específicas formas de organización, desplaza y condensa sus contenidos, configurando movimientos subversivos que, escapando a la represión y burlando la censura, hace oír esa otra voz que nos habla de las expectativas de deseos no cumplidos.

Si desde un punto de vista individual, el “síntoma es la comunidad” lograda entre el deseo inconsciente y la ley que lo prohíbe, a nivel de lo social la sub-versión, en tanto inconsciente de lo social, tiene expresión en el establecimiento de la “comunidad como síntoma” de lo social. En dichas comunidades sintomáticas es donde debemos indagar el específico goce del cuerpo de lo social.

Si la sub-versión, en tanto inconsciente social, es el resultado del ordenamiento del discurso estatal que trata de dotar de sentido al todo que dice representar, es necesario entonces, que asuma el contra-sentido o, en algunos casos, el sinsentido que las “comunidades sintomáticas” le expresan, por medio de un reordenamiento de su propio “ser” y de una orientación diferente de sus “haceres”, en procura del basamento que haga posible la instauración de la justicia social, tal como la concibe, desde fundamentos psicoanalíticos, el propio Freud, cuando la define en los siguientes términos:

“La justicia social significa que nos rehusamos a nosotros mismos muchas cosas para que también los demás tengan que renunciar a ellas, o, lo que es lo mismo, no puedan reclamarlas”¹⁶.

Renuncia que debe proceder, en primera instancia, de aquellos sectores económicos que gozan de los bienes provenientes de la plusvalía de la producción de



¹⁶ Sigmund Freud, *Psicología de las masas y análisis del yo*, Madrid, Alianza Editorial, 1977, pág. 58.

mercancías, pues la renuncia a los originarios bienes sexuales que nos pertenecían ya la hemos llevado a cabo, como resultado de lo cual la sociedad puede contar con los códigos que permitan, aunque precariamente, el goce de lo sexual.

Si hemos hablado de la subversión como una de las formas de organización del inconsciente de lo social, es necesario que el psicoanálisis responda con su presencia al llamado que tal existencia convoca, por medio de la readequación de los dispositivos de su intervención y de su disposición a escuchar su lenguaje y a favorecer su interpretación en los dispositivos colectivos para su abordaje.

Una clínica psicoanalítica de los conflictos sociales provenientes de la subversión social se jugará, no en los divanes, de espaldas a los pacientes, sino en las múltiples mesas de negociación, en un cara a cara con los deliberantes, en donde las miradas y las voces se conjunten, y en donde su presencia dote de un nuevo sentido a las palabras que en ellas se entrecruzan.

Mientras ello llegue a ser realidad, no nos queda más que expresar nuestro voto por ese “ser negativo” de la realidad social, tanto en su versión como en su subversión. Nos estamos refiriendo a la población autista que ve negado su acceso a los espacios y tiempos de la integración. Queremos alentar la reanudación de su lucha con la formulación de la siguiente consigna:

“SI PARA MIL GUERREROS VICTORIOSOS, UN CAGUÁN,
PARA UN GUERRERO VENCIDO, ¡MIL CAGUANES!

■ Honoré Daumier 1808-1879

